

de María Luisa, por Goya, maravilla de la pintura. Embelesado estuve un rato mirando la figura genuinamente borbónica de aquella Reina frescachona, de boca hundida y ojos de fuego. El pintor, atento á destacar lo más hermoso del modelo, se había esmerado en reproducir su brazo incomparable.

Retozando sobre la blanda alfombra de Santa Bárbara, me enteraba yo de cosas y personas. La tertulia de Sus Majestades después de comer no era muy lucida. Ningún personaje de importancia, ningún prócer de primera fila, vi entre los asistentes á la Real sobremesa. Toda la concurrencia era puramente palatina y del Cuarto Militar. Habló la Reina del Convenio de Amorevieta, que estimaba beneficioso... por el momento... Díaz Moreu le dió detallada explicación de las bases de aquel arreglo; elogió con ardor al Duque de la Torre, hombre de altas miras. Según dijo, el Convenio sería discutido en las Cortes y tendría la aprobación de todos los elementos dinásticos. Esperaba que de esta discusión saldría el Gobierno con mayor fuerza. Hablaron después de Ruiz Zorrilla, lamentando su alejamiento de la vida pública, en su retiro de Tablada. Doña María Victoria expresó tímidamente sus dudas de la eficacia del Convenio de Amorevieta. ¿Quién podía responder de que los carlistas, rehechos más allá de la frontera, no volverían con mayor furia á encender la guerra civil? Contra su terquedad nada valdría la razón, nada el interés de la Patria. Extremando su

galantería, Díaz Moreu no se atrevió á disipar en absoluto las dudas de la Reina y casi las confirmó diciendo: «Tal vez, Señora, Vuestra Majestad discurre siempre con admirable previsión. El carlismo es de calidad muy dura, irreductible... Con esa gente no hay día seguro.»

Por lo que después oí de labios de doña María Victoria, comprendí que esta señora se cuidaba de los asuntos públicos y en ellos ponía toda su atención. En su grande ánimo prevalecían la idea y propósito de consolidar en España la dinastía de Saboya. Manteniendo su propia persona en cierta obscuridad modesta, enderezaba su voluntad firmísima hacia el porvenir de sus hijos en tierra hispana... Hecha esta observación pasé á figonear en el grupo que al otro lado de la estancia formaba el Rey con los amigos de su mayor intimidad. Allá me fui ligero, resbaladizo, invisible. Lo que oí agazapadito debajo de la silla en que don Amadeo se sentaba, merece capítulo aparte.

XX

Lo primero que le cuento al lector amable y antojadizo es que nuestro buen Rey saboyano desdeñaba los riquísimos tabacos habanos de regalía, de que había grande acopio en la Casa Real. El mismo desaire que sus amigos hicieron á las abrasadoras guindas

de Turín hizo él al tabaco generoso y suave de la *Vuelta Abajo*. Por hábito y gusto fumaba el hombre los apestosos cigarros que en Italia llaman *virginia*, consistentes en un luengo y nefando cachirulo que lleva en su ánima una paja, sin la cual no hay quijadas que los hagan arder. Amable y guasón, á sus amigos ofrecía las cajas de habanos diciéndoles: *Fumen eso; yo virginia*. Para evitar el continuo encender de fósforos, que sin fuego constante no hacía tiro la pajilla, Su Majestad tenía en una mesita cercana una vela encendida, y á la llama de ésta aplicaba el chicote.

Junto al Rey estaba el Barón de Benifayó, Montero Mayor de Palacio, alto, moreno, expresivo, de arqueadas cejas, lentes de oro. Como hablaba de corrido y limpiamente el italiano, con él descansaba don Amadeo del suplicio del idioma español, que en dos años no había podido dominar. A la vera de don Amadeo vi otros señores, que no pude identificar por mi desconocimiento del personal palatino. Vestían de paisano. ¿Era uno el General Gándara ó el General Rosell? ¿Era el otro don Cipriano Segundo Montesinos? No puedo asegurarlo. Reconocí á Dragonetti, á Díaz Moreu y al General Burgos, de uniforme, que dejaron á la Reina conversando con las damas, el Conde de Ríus y otros dos palaciegos gordinflones que yo no conocía.

En el corrillo del Rey, la conversación era frívola, de temas fugaces que pasaban rápidamente de boca en boca. En un momento

que á mí me pareció solemne vi á la Reina levantarse. Hizo una reverencia de Corte, y seguida de las damas se retiró á sus habitaciones. Empezó el desfile de los caballeros en dirección de la Saleta, hasta que solos quedaron don Amadeo y Benifayó. Encendió Su Majestad otro *virginia*. El Rey y su Montero hablaron breve rato en italiano bajando la voz, pues aunque nadie quedaba en la estancia, temían el misterioso escuchar de las paredes. Servidores galonados pasaban por el *Despacho del Rey*. Les sentí cerrando puertas y apagando luces en las habitaciones próximas. Pensé que mis funciones inquisitivas me ordenaban no apartarme del Rey y su Montero hasta saber qué harían. A mi parecer, dejaban correr el tiempo esperando la ocasión oportuna para escabullirse de Palacio. No me engañaba.

Llegó un instante en que el silencio y la tranquilidad, tardíos cortesanos, se posesionaron de la Casa de los Reyes. Don Amadeo y su Montero se filtraron, vamos al decir, por la puerta de servicio. Pisando quedo y sin decir palabra, atravesaron un pasillo alumbrado con mecheros de gas. Torcieron á la derecha, luego á la izquierda. Ningún servidor les salió al paso, ni tuvieron otro testigo de su escapatoria que mi traviesa personalidad invisible. Llegaron, llegamos debo decir, á la escalera de caoba que llaman *de la Intendencia*. Descendimos suavemente. Gemían los peldaños alfombrados bajo las pisadas de ellos, no de las mías; que yo era

poco más que un espíritu... Fuimos á parar á un pasillo: en él vi dos servidores que estaban en el ajo, y saludaron con leve reverencia. De allí salimos á la Plaza de la Armería, donde esperaba un coche de un solo caballo y cocheró sin librea. Entró el Rey en el coche; tras él Benifayó. Algo noté entre el Monteró y el oficial de guardia, que me indicó la connivencia de éste. No necesito decir que me colé de un brinco dentro de la berlina, achantándome bonitamente en la bigotera...

El coche partió hacia la Plaza de Oriente y calle del Arenal. Era la noche plácida, de mejor temple que el día, como suele acontecer en las primaveras matritenses. Por la Puerta del Sol y calle de Alcalá discurrían los vecinos noctámbulos que salen de los teatros para meterse en los cafés. En Recoletos vimos poca gente; no faltaban los ciudadanos de la última capa social que tienen por alcoba y cama las sillas de hierro, ó la escalinata de la Casa de la Moneda. Desierta estaba la Castellana. El coche la recorrió en casi todo su largo y fué á parar en un hotel próximo á la calle de la *Ese*. Alguien abrió desde dentro la verja, y la berlina penetró en un jardinillo de incipiente frondosidad. Momentos después, las tres ilustres personalidades franqueábamos corta gradería y entrábamos en una linda sala bien iluminada, donde fuimos recibidos por una dama... Espérate un poco, picaresco lector, que esto es muy delicado.

Era la tal de mediana talla, bien formada y no mal constituida de carnes y anchuras.

Mi primer cuidado fué examinarle bien el rostro, que vi entonces por primera vez. Mi crítica lo declaró tan agraciado como hermoso; la tez morena, ojos expresivos, grande la boca, tan abundante el pelo que no se contenía dentro de sus límites naturales, extendiéndose por delante de la oreja, como un rudimento suave de varoniles patillas. El conjunto de tal rostro tenía el encanto de la originalidad, que en arte como en belleza es poderoso atractivo. Sentáronse los tres arriados á una mesa, la dama y el Rey juntos, mano con mano; frente á ellos Benifayó... Yo me subí de un brinco á la consola próxima para ver bien y pescar todo lo que hablaran. La señora, que vestía luenga bata de seda blanca libremente descotada, dejando ver los linderos de un lozano busto, revelaba en sus ojos chispos y en su franca sonrisa el gozo de ver terminada felizmente una larga y ansiosa espera. Anhelaba, sin duda, comunicar á su regio amigo impresiones guardadas durante lentas horas y aun días. La ocasión de la dichosa confianza llegaba al fin. No podía contenerse, y prorrumpió en estas calurosas manifestaciones: «Ya supongo, *mon lion brave et genereux*, que no te habrás tragado el pastel que llaman *Convenio de Amorevieta*. No te fíes del Duque. Su intención no es mala; pero en la diplomacia militar no da pie con bola. Los carlistas tratarán ahora de rehacerse, y volverán pronto más insolentes y feroces á disputarte el Trono... Si las Cortes aprueban el *Convenio*, el Duque, ¡oh Rey

míol, te pedirá la suspensión de garantías, pues sin hacer mangas y capirotos de la Constitución no podrá gobernar.

—*Yo contrario.* He jurado (*giurato*) la Constitución. Gobernar sin ella no puede ser. *Yo contrario.*

—No debiste consentir que don Manuel, desalentado y aburrido, se retirase á Tablada. Ten presente, Rey de España por los 191, que no has venido aquí á continuar la política de los malditos Moderados, de los Unionistas rutinarios y pasteleros. Por ese camino no vas á ninguna parte.

—Es cierto, Adela. *Yo conforme.*

—Ni la guerra puede ser sofocada para siempre sino con la guerra misma—dijo ella disfrazando la pedantería con mohínes graciosos,—ni la política debe estancarse ó petrificarse..., no sé cómo decirlo... No has venido á España para gobernar como la pobre doña Isabel... Para ese viaje no necesitabas alforjas... Fíjate en este refrán castizo; repítelo para que se te grabe en la memoria... Alforjas...; á ver, á ver cómo nos pronuncias esa jota...»

Intentó el Soberano un aprendizaje de pronunciación castellana; mas lo hizo tan desgraciadamente, que él mismo se reía de su torpeza antes que los demás nos riéramos. En esto entró un criado, vestido de frac, con dudosa corrección, y colocó en la mesa servicio de té, con galletitas y emparedados. A una orden de la señora, desapareció el sirviente, volviendo al punto con un mazo de

los infernales cigarros *virginia*, predilectos de Su Majestad. Cayeron los dos caballeros sobre los *sandwichs*, mientras la señora servía el té, y á mí, lo confieso, me asaltó la idea de plantarme en la mesa y comer con ellos, satisfaciendo mi hambre nocturna. Mas recordando mi calidad de sabandija perteneciente al mundo suprasensible, me abstuve de tomar parte en el refrigerio. Temía que un rasgo de animalidad me descubriese, deshaciendo el artilugio que me había transformado de persona grave en duende corredor. Si una indiscreción ó exceso de travesura me restituyese de súbito á mi sér propio, ¡no te arrendara yo la ganancia, pobre Tito!

Entre mordiscos á los emparedados y sorbitos de té, la dama de las patillas anudaba la serie de sanos consejos al amigo y Rey. Intervino Benifayó realzando con timidas palabras la persona del General Serrano. Entre la dama y el Barón se trabó una donosa controversia, en que salieron á relucir duques y duquesas con otras bien conocidas personas de la *crema* social. En todo lo que allí se dijo puse yo mi atención; pero mis funciones en cierto modo históricas me obligan á seleccionar los conceptos que oí, reservándome tan sólo los que entrañaban algún interés público.

«Si vale el consejo de una mujer—dijo la dama poniendo su blanca mano sobre el hombro de Amadeo,—yo diría que debías mandar á Tablada un mensajero;... persona discreta y aguda tenía que ser;... un mensa-

jero que pudiera cazar con lazo de buenas razones á Ruiz Zorrilla y... Debes tener muy presente, león de Saboya, que para remover del fondo á la superficie la vida política, las costumbres políticas, y *toda la pesca*, determinó Prim traer á España un Rey nuevo, un Rey *de fuera* que nos diese lo que no teníamos, y acabara con el tejemaneje moderado y unionista. Hacer una revolución, poner todo patas arriba, cambiar de dinastía para volver á las viejas mañas, al polaquismo, al hoy tú, mañana yo, me parece que es como si quisiéramos aplicar á la vida de la Patria el juego de las cuatro esquinas...»

En un tris estuvo, podéis creérmelo, que saltara yo desde la consola al regazo de la patilluda señora para felicitarla por su atinado consejo. ¡Qué discreción, qué talento, qué golpe de vista! Yo me decía: «De casta le viene al galgo. Ya sé que te engendró el primer escritor del siglo.» Abstraído un momento en estas consideraciones, vi que el Rey y la dama blanca se escabullían por una puerta próxima al mueble donde tenía yo mi observatorio. Advertí disminución de la luz... El bueno de Benifayó ¿dónde estaba?... Creí verle arrimado á la mesa hojeando una revista ilustrada... Creí que salía por la puerta que nos había dado ingreso. Por primera vez desde que era duende dudaba de la justeza de mi perfección visual. Pero es mi deber no interrumpir mi cuento; que para seguir con vista y oído el curso de la humana vida en estas historias me llevaron al re-

catado lugar donde me encontraba. Adelante, pues.

La fatalidad me obliga, ¡oh lector agudísimo y picaruelo!, á continuar en forma que sin duda no ha de agradarte. Tengo que emplear en mi escritura los signos simbólicos más discretos. Meto la mano en una escarcela bien provista que me colgó de la cintura mi *doña Mariana*, y saco un puñado de puntos suspensivos y los derramo sobre el papel para que te entretengas leyéndolos ó descifrándolos. Ahí van.

Aturdido recorrí brincando toda la habitación; salí al jardín; no vi alma viviente. El coche no estaba. ¿Había partido en él Benifayó para volver más tarde? No lo sabía ni me importaba averiguarlo. Cerrada la puerta de hierro, trepé por las enredaderas que cubrían la verja y de un brinco me puse en la calle. Al pisar el suelo de la Castellana me reconocí en mi normal estado físico. Yo era quien era, Proteo Liviano, conocido por Tito en el vago mundo del periodismo y de las letras. Mi primer cuidado fué desandar á buen paso la Castellana, Recoletos... En la Cibeles el reloj de Buenavista me dijo que eran las dos de la mañana... Tomé el camino de mi casa, calle del Amor de Dios, hospedaje de *doña Nicanora*, esposa del evaporado filósofo don José Ido del Sagrario.

Agasajado en mi cama me adormecí jugueteando con estos acertijos: ¿Era verdad que mi buen padre me había llevado á Du-

rango, que hice allí vida patriarcal y soñolienta entre carlistas fieros y curas de armas tomar? ¿Eran reales las figuras de Choribiqueta, Fabiana Iturrigalde y Pepita Izco? ¿Había yo en efecto espetado á los cándidos duranguenses un discurso chancero sobre la *República Hispano-Pontificia*? ¿Era verdad que la *Madre Mariana* me había sacado de aquel atolladero, tomándome á su servicio, para lo cual hube de transformarme en duende minúsculo y gracioso, sutil espía de la historia privada?... Si todo esto fué mentiroso aparato forjado por mi exaltada imaginación y de ello puede resultar que lo verosímil sustituya á lo verdadero, bien venido sea mi engaño, y allá van, con diploma de verdad, los bien hilados embustes.

En aquellos días anduve de bureo político con mis amigos Mateo Nuevo, Roberto Robert y don Santos La Hoz, que me felicitaban por haber recobrado mi equilibrio cerebral. Fui á la tribuna de las Cortes; oí un gran discurso de Cristino Martos de fiera oposición al Gobierno; presencié los ardientes debates sobre el *Convenio de Amorevieta*, terminados con votación que dió al Gobierno formidable mayoría. A pesar de esto corrían voces desfavorables para la situación Serrano-Topete. Decíase que el Duque, abrumado por las dificultades que se le venían encima, había pedido al Rey la suspensión de garantías y que don Amadeo respondió secamente con su acostumbrada fórmula: *Yo contrario*. Despiertos y animosos, los radicales corrieron en

Comisión á Tablada logrando atrapar á don Manuel Ruiz Zorrilla y traerlo á Madrid. Total, lector mío cachazudo, que sobrevino la quinta ó sexta de las crisis que amenizaron aquel reinado. Cayó el Duque de la Torre, dejando el puesto á Ruiz Zorrilla que formó Ministerio con Martos, Montero Ríos, General Córdoba, Ruiz Gómez, Beránger, y Gasset y Artime. Ibamos viviendo.

Engalláronse más los alfonsinos. Hablaban de la Restauración como si la tuvieran en la mano. Los federales del grupo intransigente y levantisco echaban bombas. Los Clubs y Casinos ardían en protestas, en arengas fogosas, en amenazas furibundas á todo lo existente. Me pidieron que hablara y hablé, soltando todo el surtidor de mi nativa facundia oratoria. Nadie me atajó; á nadie parecieron extremadas mis lucubraciones. La misma boca que predicó en Durango la *República*, mejor dicho, el *Imperio Hispano-Pontificio*, vociferaba en Madrid anunciando el próximo advenimiento del *Federalismo Sinalagmático y Cantonal*. ¡Abajo la Unidad centralista y corruptora, arriba el Cantón autónomo que por medio del Pacto reconstruiría la patria libre, devolviendo al ciudadano su dignidad y soberanía! Aplausos frenéticos y plácemes cariñosos recompensaban mi palabrería furiosa.

La corriente social me devolvió, entrado ya el mes de Julio, al afectuoso trato de Mateo Nuevo, que generosamente me ayudaba en mis penurias. Volví á frecuentar su casa,

Montera, 11, donde acudían casi todos los amigos mencionados en los comienzos de este libro. El jacobino *Tribunal del Pueblo* ya no se publicaba; pero existía, con el nombre de Redacción, el punto de cita de los que regían las muchedumbres populares, titulándose *presidentes de los Comités de distrito*, *presidentes de Juntas revolucionarias*, con otras denominaciones que sólo han servido para distracción y entretenimiento de los partidos avanzados. A poco de frecuentar la sala cuyos balcones caían á la obscura calle de los Negros, me dió en la nariz olor de conspiración aguda.

Al comunicar mis sospechas á un amigo candoroso, éste me dijo: «Sólo se trata de producir en Madrid la conveniente alarma con objeto de que el Gobierno no saque tropas de aquí para mandarlas á las plazas de provincias. Se prepara..., en confianza te lo digo..., un movimiento general en toda España. Ahora va de veras. Se alzarán Ferrol, Santoña, Cartagena, Sevilla, Badajoz, etcétera. Ello está tan bien dispuesto que el triunfo es seguro, tan seguro como tenerlo en la mano. No falta más que una cosa, Tito, y es producir en Madrid agitación tan grande que el Gobierno no pueda sacar tropas. ¿Lo entiendes? Ello es clarísimo. Te digo esto con la mayor reserva. No hables á nadie...»

No daba yo gran crédito á tales monsergas. Mil veces había llegado á mis oídos el susurro de alzamientos generales ó locales sin que los hechos correspondieran á las risueñas

esperanzas. El optimismo de los revolucionarios sencillotes y pillines, que creen lo que sueñan, es un fenómeno habitual en tiempos turbados. Manteníame yo escéptico, convencido de que no había más revolución que la formulada en ardientes discursos, revolución puramente teórica y verbal. Por eso yo, sempiterno hablador, era el primer revolucionario de la época y el primer oráculo de un resurgimiento que no quería venir. La Patria no podía contar aún con la acción de sus hijos, y debía contentarse con la resonante canturía de sus oradores. Desconfiado de la eficacia de la acción, continuaba yo atento al trajín de los conspiradores, y á su chismorreo sigiloso en la vacía redacción de *El Tribunal del Pueblo*. De ello me distrajo, al promedio de Julio, el hallazgo feliz de una mujer...

Tomo aliento, amados lectores, con lo cual, al contarle, expreso mi sorpresa y turbación ante la súbita emergencia de un pasado lisonjero. La mujer que se me apareció en la calle de la Sal, junto al arco de la Plaza Mayor, era la poética, la romántica Obdulia con quien compartí las venturas del amor en los comienzos del reinado de Amadeo I... Obdulia, ¡oh!... Tito, ¡ah!... Al tiempo de lanzar estas exclamaciones se juntaron en febril apretón nuestras manos, y con frase entrecortada nos dimos informes recíprocos de la salud y vida de uno y otro. La linda criatura estaba flaca, ojerosa, manchado el rostro de pecas rojizas; y el desarreglo y suciedad de su ropa indicaban pobreza, malestar, infor-

tunio... Díjome que se había casado, por imposición de su familia, con el desagradable mastín negro Aquilino de la Hinojosa. Ya lo sabía yo. *Oí contar de un naufrago la historia.* La *naufraga* era mi pobre y desdichada Obdulia.

XXI

Ávida de referir sus cuitas, la infeliz mozueta me contó que, á poco de casarse, vió en su marido el más perverso animal de la Creación. Lo que llamamos *luna de miel* fué para Obdulia completa desilusión del matrimonio. Ella era delicada, sensible y de finísimo trato; él grosero, brutal, insaciable en la comida y otros apetitos. Al mes de casada pensó en divorciarse; habló con un abogado amigo suyo, y como éste le dijera que en las leyes españolas no tenemos divorcio, dió en la idea de suicidarse, saltando de un brinco hacia *las palmeras de Sión*. Le faltó valor para el salto mortal: ni con fósforos, ni con braserillo, supo determinarse... Pensó acudir á mí; me buscó; dijéronle que yo vivía en magnífico arreglo con una tendera de la Concepción Jerónima. Acercóse allá y le salió al encuentro una señora llamada Cabeza que quiso descabezarla... En tanto, Aquilino iba de mal en peor, agravando sus defectos. No le bastaba el oficio de afinador para sostener su casa y sus vicios. Dedicóse á la compra, venta y alquiler de pianos, y tales desatinos

hizo y en tales enredos se metió, que fué á caer en las mallas del Código penal.

«En mi casa—decía suspirando—no entraban más que procuradores y alguaciles. Yo no vivía; el apetito y el sueño me abandonaron; consuelo de mi angustia era el llanto, consuelo también un librito de poesías de Selgas que por las noches me calmaba los nervios, y aquellos versos de Espronceda: *¿Por qué volvéis á la memoria mía...?* Hace unos meses vino á verme y á consolarme Celestina Tirado, que se metió á beata..., no sé si lo sabes..., y anda en trajines de religión. Díjome que en la iglesia hallaría mi remedio; que fuese á misa y á confesar, y que rezara mis tercios de rosario con devoción. Mi antigua señora la Marquesa de Navalcarazo me llamó para recomendarme el mismo medicamento de Celestina: Religión, misas, novenas, y pronunciar á toda hora el nombre de Jesús, *que endulza el alma y la boca—más que con la miel y azúcar—con sólo sus cinco letras...*»

Cogidos de la mano íbamos paseando despacito bajo los soportales de la Plaza Mayor. La doliente historia de mi amiga quedaba cortada en un suceso que nos abría camino para reanudar nuestra vieja novela interrumpida. Aquilino de la Hinojosa no estaba en Madrid. Dos semanas antes de lo que se refiere, había ido á Villaviciosa de Odón á recoger la menuda herencia de una tía suya que murió en aquel pueblo. Para ciertas diligencias judiciales tuvo que trasladarse á Navalcarnero; al

regreso volcó la galera en sitio de peligro; rodando cayó el afinador en una barranquera, donde le recogieron descalabrado y con una clavícula rota. Personas caritativas le llevaron á Villaviciosa, y en casa de unos parientes estaba en cura, que había de ser larga. «Ayer—me dijo ella—recibí su primera carta después del siniestro. Está dado á los demonios. Me escribe poniendo en cada renglón una blasfemia. Le tienen bismado y entablillado, sin poder moverse. ¡Dichosa herencia, que no es más que un melonar, cuatro almendros y una casuca sin techo! Me dice que tiene cama para dos meses; manda tres duros por el ordinario y cuatro recibos de treinta reales para cobrar alquileres de pianos. Me recomienda la economía y que no vaya á verle, pues está bien cuidado por su prima doña Melchora.»

Fáltame referirte, lector de mi alma, la última declaración de Obdulia, que es del tenor siguiente: «Vivo en el 23 de esta Plaza, allí, en un entresuelo, encima de la taberna que hace esquina á la calle del 7 de Julio. Con las pesetejas que me ha mandado *ese*, y diez dures que me dió mi señora la Navalcároz, vivo pobre, y solita porque he despedido á la muchacha que me servía...» No necesito decir más para que se comprenda que en aquel mismo día senté mis reales en el modestísimo y lóbrego albergue de mi antigua y moderna conquista, la señora de la Hinojosa. Los que no han vivido en un entresuelo de la Plaza Mayor, con ventanas

mezquinas, bajo la visera de los soportales, no saben lo que es obscuridad en pleno día. Nunca pensé yo cobijar mi persona en tal ratonera; pero la exaltada pasión y el donaire de mi socia me convertían la tristeza en gozo y las tinieblas en luz. Aderezaba Obdulia nuestras comiditas. Más de una vez, por evitarnos ir á la compra y la molestia de encender lumbre, bajábamos á comer á la taberna, donde nos servían platos de judías, de *batallón*, tajadas de bacalao y otros condimentos de pobres. El tabernero era muy amable y nos ponía la mesa en un aposento interno, donde rara vez veíamos comensales.

Por cierto que una noche me encontré de manos á boca con Serafín de San José, el esposo de mi antigua barragana, la eximia señora doña Cabeza. Aquel soez vagabundo, muy mal vestido y con cara de hambre atrásada, hablaba sigilosamente con un bigardo de mala catadura, entreverando las tajadas de bacalao con tragos de tinto. De la mesa donde estaba vino á saludarme, y me dijo que su mujer se había arreglado otra vez con el zascandil de Alberique. ¡En qué distinguida sociedad estábamos! El despacho grande de la taberna hervía de parroquianos lenguaraces. Siempre que por allí pasábamos de refilón oíamos conceptos groseros, iracundos, entre los cuales saltaba, como nota picaresca, una idea política.

Ultimados mis quehaceres volví á casa, un poco tarde, en la noche del 18 de Julio, y

marco esta fecha porque sobrevino de improviso un suceso histórico. Hallé á Obdulia nerviosa y asustada: «¡Gracias á Dios que llegas!—me dijo, saliendo á la escalera.—Entremos; vas á saber una cosa tremenda. No te asustes; no va con nosotros. Siéntate... Recordarás que pedimos al tabernero para esta noche un pote gallego, que á ti tanto te gusta. Queriendo yo aprender cómo hacen este guiso, bajé á la cocina y estuve un rato con la *señá* Sebastiana. Luego me fuí al mostrador, con el señor Tomás. De allí á la trastienda. Oí palabras sueltas de los *puntos* que bebían y charlaban... Até mis cabos... Volví al mostrador; el señor Tomás y un hombre de mala facha, que llaman *el tío Martín*, secreteaban... Pesqué alguna frase que me abrió las entendederas... En fin, chico, te diré lo que he podido traslucir: Esta noche matarán á don Amadeo. ¿A qué hora? Cuando los Reyes vuelvan de los Jardines del Retiro á Palacio. ¿Sitio? La calle del Arenal. No te rías. Verás como resulta cierto. Otra cosa: el pote gallego se ha pegado, y en su lugar nos mandarán unas chuletas de vaca y patatas fritas. Andan abajo esta noche muy desconcertados. ¡Qué caras he visto en la trastienda! Para mí, son los mismos que mataron á Prim.»

No di gran importancia al cuento de Obdulia; pero tampoco lo eché en saco roto. Mientras cenábamos, comentando la conjura tabernaria, hice propósito de dar un soplo al Gobierno civil para que éste tomase las pre-

cauciones propias del caso. Pero á nadie conocía yo en las Delegaciones ni en las antesalas del Gobernador. En estas dudas acorédeme de mi pariente *Sebo*, cuyas relaciones familiares con la primera autoridad de la provincia, don Pedro Mata, me constaban de manera positiva. Tranquilamente despachamos nuestras chuletas, por cierto medio chamuscadas, medio crudas, y salimos á buscar en calles y jardines el aire y la expansión nocturna con que templábamos el ardor de los días caniculares. Después de hacer escala en la casa de Telesforo del Portillo (Olivar, 4), bajamos al Prado; dimos unas vueltas por Recoletos; descansamos en un aguaducho, y ya cerca de media noche cogimos la calle de Alcalá, y en la Puerta del Sol dudamos si tomaríamos la calle Mayor, que era nuestro derrotero, ó la del Arenal. Éramos como trasnochadores que no se retiran á su casa sin ver una piececita de teatro. «Por sí ó por no—dije á mi señora postiza—sigamos la dirección que han de llevar los Reyes y veremos si sale sainete ó tragedia.»

Recorriendo despacio la calle del Arenal vimos en la esquina del callejón de San Ginés á Serafín de San José con blusa larga. Advirtiendo que se recataba de nosotros creí sorprender en él cierto aire de filósofo pensativo. Al pasar por Bordadores dos hombres cruzaron á la acera de enfrente. Obdulia me hizo notar que bajo las blusas de aquellos tipos se marcaba el bulto de trabucos ó retacos. Hacia la calle de las Fuentes creí ver

al señor Tomás, con chaqueta parda y boina. Ya nos acercábamos á la calle de la Escalinata cuando sentimos venir coches que nos parecieron de Palacio. Retrocedimos. Era, en efecto, la carretela descubierta en que volvían de los Jardines el Rey y la Reina, con el General Burgos. Detrás venía otro carruaje...

No tuvimos tiempo para mayores observaciones porque de súbito sonaron disparos. Los fogonazos brillaban en un lado y otro de la calle. Encabritados los caballos (luego supimos que eran yeguas), se paró el coche. Púsose en pie don Amadeo. El General Burgos atendió á escudar á la Reina con sus corpulentas anchuras... Confusión, espanto... Los transeuntes se agolpaban curiosos ó corrían atemorizados. Obdulia y otras mujeres lanzaban al aire sus chillidos. Del coche que venía detrás descendió el Gobernador don Pedro Mata enarbolando su bastón. Surgieron polizontes como por magia. Nuevos disparos. La carretela de los Reyes partió á escape hacia Palacio: una de las yeguas cogeaba. Entablóse rápida lucha entre policías y paisanos. Estos huyeron, en veloz corrida, hacia las Delcalzas y Santo Domingo... Busqué á Obdulia, que en el tumulto se apartó de mí. La encontré en la esquina de la calle de las Fuentes. Volvimos al lugar trágico y vimos entre varios heridos á uno yacente, rígido; parecía muerto. Obdulia reconoció al *tío Martín*. Allí estuvimos, atentos al ardoroso comentario del suceso, hasta que traje-

ron la camilla para llevarse al que todos creían cadáver. Y agregándonos á la comitiva de curiosos desocupados y chicuelos, fuimos tras de la camilla hasta la Casa de Socorro de la Plaza Mayor. De allí pasamos á nuestra casa, advirtiéndolo al entrar en ella que había en la taberna estrecha custodia de policías.

A la mañana siguiente, atraído del febricitante interés que despierta un lugar trágico, me fuí á la calle del Arenal. Gran golpe de gente había frente á una tienda de cristales situada entre la Costanilla de los Angeles y la Travesía de los Donados. Los curiosos impertinentes no se hartaban de mirar y señalar las huellas de los proyectiles en el zócalo y en el rótulo de la tienda. De improviso, los que formábamos *el respetable público* de la tragedia fracasada vimos llegar al propio don Amadeo, acompañado de su amigo Dragoinetti y de su ayudante Díaz Moreu. Rodeado de la plebe novelera miró y remiró las señales de los balazos. Muchos de los que allí figoneaban tenían á gala el señalar al Rey algún desperfecto que Su Majestad no había visto.

De la tienda salió una señora joven que parecía la dueña, y graciosamente invitó al Rey á que pasara, si quería descansar. Daba las gracias don Amadeo, permaneciendo en la calle, cuando se destacó del personal de la tienda una señora mayor, que ofreció al Rey un proyectil que había penetrado en el local, incrustándose en la anaquelaría. Agradeció

don Amadeo el obsequio y quiso gratificar á la señora, mas ésta no admitió el dinero. Despidióse el monarca sombrero en mano, con su habitual cortesía, y á pie se volvió á Palacio, escoltado por un pelotón de vagos y precedido de un destacamento de chiquillos.

Acerqueme yo á la señora mayor, que en la puerta de la tienda quedaba, contemplando al pueblo soberano, y de manos á boca le dije: «He tardado un rato en reconocerla, insigne *Maricello*, porque está usted hoy un poco desfigurada, con mayor peso de ancianidad que el que tenía la última vez que la vi. A su disposición me tiene para cuanto guste mandarme.

—A este ensayo de tragedia—me dijo, enseñándome un pie—he venido con mis zapatos de orillo, como ves. No había motivo ni asunto para mejor calzado. Los badulaques de anoche, movidos á un acto que no tenía más objeto que producir miedo para que el Gobierno no saque tropas á provincias, han procedido neciamente. El provecho de este regicidio sin regicidio será para los partidarios del niño Alfonso. ¿Por ventura son éstos los que os aconsejan y dirigen?»

Nada le respondí, pues mis observaciones no habían de llegar á la altura de su autoridad. Ofrecime de nuevo á prestarle cuantos servicios me encomendara, y con gusto la vi bien dispuesta en favor mío. Díjome que á la sazón moraba en la portería de la Academia de la Historia, porque sus cortos haberes no le permitían mejor acomodo. La *capitis*

diminutio á que había llegado, en la desabrida etapa histórica del Rey Saboyano, disminuía su ancianidad gloriosa. «Lo que mayormente me aflige—añadió, rompiendo conmigo la multitud para seguir juntos por la calle del Arenal—es la flaqueza femenil de los partidos monárquicos y la inconsistencia de los que vociferan en las filas avanzadas, indicio seguro de la poca virilidad del pueblo hispano. Todo lo que aquí pasa es cosa de ópera cómica, tirando á bufa. He pensado en darme de baja, como dice tu amigo Ido del Sagrario, y transferir mis nobles funciones á mi hermana Talía, que las desempeñará muy bien, encargando algunos numeritos de polka y tango á mi hermana Euterpe... El quita y pon de Ministerios que sólo difieren en la medida y rumbo de sus tonterías; la conspiración de las damas católicas, con su armamento de peinetas y florecillas de lis, pertenecen al orden literario del entremés con tonadilla y ovillejos. Habrás oído, entre tus amigos, planes de levantamientos en plazas fuertes y ciudades populosas. No hagas caso, hijo. ¡Batallones que se echan á la calle, guarniciones que se pronuncian! ¡Sueños locos de paisanos ociosos, que gobiernan el mundo en las mesas de un café ó la redacción de periódicos bullangueros! Todos esos que se levantan, lo que hacen es acostarse, y entre sábanas se rien de los conspiradores de alfeñique... Hace pocos días, he visto á los niños de las Peñuelas jugando al pronunciamiento. La demagogia misma pro-

cède hoy con más simplicidad que barbarie. Los ideales exaltados son ahora instintos movidos por la imbecilidad.»

Acompañé á la señora hasta la calle del León, y me volví á casa. A mi consorte accidental referí mi encuentro con *doña Mariana*, y traté de explicarle la condición de ésta y su doble calidad real y quimérica. Pensé yo que Obdulia no me entendería, pero como en la naturaleza cerebral de la bella joven prevalecían la ensoñación poética y el bello mentir, admitió como verídico el cuento de *Mariclio* y de sus inauditas transformaciones. «¡Ay Tito de mi vida—me dijo consternada—qué felices seríamos si esa divina dama nos llevara por esos mundos como duendes ó muñequitos que pueden esconderse, si á mano viene, dentro de una cajita de caramelos! Sabrás que en esta renegada casa estamos sobre un volcán. Apenas saliste tú para la calle del Arrenal, entraron dos policías y me marearon con preguntas; que si yo, que si tú... Respondíles que no teníamos nada que ver con el atentado; que nosotros somos vecinos, pero no cómplices del señor Tomás y sus compinches. Antes te dije, querido Tito, que estábamos sobre un volcán... Son dos volcanes, dos. Porque si vuelve Aquilino mal curado de sus mataduras no pararé hasta el suicidio..., y que me entierren en un cementerio bonito, con cipreses y adelfas. En caso de que mi maridillo se quede por allá, será posible que nos prendan por el aquel de regicidas, y nos separen qui-

zás para siempre. Eso no, Tito mío: vámonos, salvémonos.»

Fácilmente me comunicó Obdulia sus recelos, y por tranquilidad suya y mía resolví una pronta mudanza. Recogida nuestra ropa, un colchón y otras cosillas, y dejando en la casa los trastos menos necesarios, nos fuimos á mi hospedaje de la calle del Amor de Dios. De sus graves inquietudes descansó Obdulia con la grata compañía de Nicanora y del dulce filósofo don José Ido. Este mostraba paternal solicitud por la espiritual joven que llevé á su casa. Hablaron de literatura y teatros, y Obdulia le recitó con lírica declamación, versos que embelesaron al esmirriado señor... Mi compañera no pisaba la calle por temor á un encuentro desdichado. Echándoselas de médico, Ido la declaró anémica y diagnosticó los baños de mar como infalible tratamiento. ¡Buenos estábamos para viajes y expansiones estivales!

Pasaba yo los mejores ratos del día persiguiendo á *doña Mariana*, ó en su grata compañía cuando me deparaba Dios el encontrarla. Una tarde, platicando en la portería de la Academia, me sorprendió, mejor diré, me asombró gratamente con estas inesperadas razones: «Ocioso está el gran Tito, y la ociosidad es el achaque peor que puede caerle á un hombre de ingenio. De tu listeza y de tu travesura necesito yo estos días, sin que me sea forzoso darte la condición, modo y sutileza física que te di al traerte de Durango á Madrid. Tal como eres y en compañía

de esa moza chiquita y romanicuela, que es ahora tu mujer adventicia, irás á donde yo te mande. Ya sabes que el Rey Amadeo sale hoy para una excursión á diferentes ciudades del Norte. Tú irás también por allá. Mas te destino á una sola plaza, Santander. Me consta que van también para allá gentes peligrosas de uno y otro sexo. En fin, tú lo has de ver... Observa lo estrictamente verdadero; no me traigas acá mentiras adornadas.» Sacó de entre sus ropas un taleguito, y me lo mostró con estas dulces palabras: «A purando mis recursos te doy billete de ida y vuelta para ti y para tu chiquilla, y una suma prudente para el gasto de tres semanas. Toma. No tardéis más de dos días en ponerlos en camino. Buen ojo, actividad y criterio. Adiós.»

XXII

Ya me tenéis otra vez, lectores picarescos, oficiando de guindilla histórico, sin conmutación de mi sér físico en entidad peri-espiritual... Lo que se alegró mi Obdulia cuando en casa le mostré el saquito milagroso, no hay para qué decirlo. Veraneo, baños de mar, costa Cantábrica, ¡qué porvenir tan poético y delicioso! En dos días arregló la romántica sus trapitos por el figurín más económico, y nos largamos con viento cálido en busca del viento fresco. ¡Por qué modo tan peregrino se habían realizado los deseos

emigratorios de Obdulia y su anhelo de ambiente marino, conforme á la docta indicación del filósofo-médico Ido del Sagrario! En el estado de nuestro ánimo se nos representó como un paraíso la ciudad Cantábrica, que en aquel tiempo bien podría llamarse *la ciudad harinera*, porque su hermoso puerto se veía poblado de buques de vela cargando harina, ó descargando los ricos frutos coloniales. Obdulia, que nunca había visto el mar, se embelesaba contemplando el grandioso muelle, el trajín comercial, los barcos de arboladura gallarda; y cuando en nuestro primer paseo vagoroso traspusimos el cerro de Miranda, la vista del Océano impetuoso colmó el estupor de la pobre muchacha ¡Aquello sí era poesía!... ¡Aquello era el camino de América, el camino para todo el *más allá* terrestre y acuático!

A los dos días de vagar por la ciudad y sus alrededores, probando distintos alojamientos, nos instalamos definitivamente en una casita del alto de Miranda, donde pagábamos dos pesetas por la habitación, y comíamos por nuestra cuenta. Eramos dichosos en aquella vida libre y modesta. Los dos íbamos á la compra, y Obdulia guisaba. Lo restante del día lo empleábamos en largos y deleitosos paseos: ya nos extendíamos hasta Cabo Mayor, y desde lo alto del faro contemplábamos el mar en toda su majestad y bravura, ó bien, después de recrearnos en las hermosuras del Sardinero, íbamos á coger azucenas y clavellinas silvestres á la península de la